

Comienza la aventura

Con mucha frecuencia oigo decir que ya nada es como antes: ni la ciudad, ni la comida, ni las casas, ni los juguetes, ni los amaneceres. Quizá los abuelos de hoy tampoco sean como los de otros tiempos. Quien tenga, o haya tenido, abuelos como los míos debe sentirse muy feliz.

¿Quieren saber cómo se llamaba mi abuelo? José María Encarnación Pedro Antonio del Niño Jesús. Como siempre andaba deprisa, le decíamos Papá Toño. Si nos hubiéramos dirigido a él por sus seis nombres, habría ido muy lejos antes de que termináramos de pronunciarlos.

Mi abuelo era sabio en su oficio: planchador de sombreros. En su taller guardaba infinidad de planchas, unas de madera y otras de metal. Con ellas había aprendido a trabajar y al cabo de los años las apreciaba como si fueran sus amigas.

Antes de que Papá Toño se convirtiera en abuelo pasaron muchos años y le sucedieron todas las cosas imaginables. La más importante fue haberse enamorado de Leonor. Nunca me dijo dónde se conocieron, sólo que su matrimonio fue en la iglesia de San Jerónimo. Tuvieron una hija: Gracia. A los diecinueve años ella se casó con Rubén. Rubén y Gracia son mis padres. Nací un 6 de febrero; por eso me bautizaron con el nombre de Gonzalo.

Ahora les hablaré de mi abuela. La recuerdo pequeña y delicada como un ave. Sus ojos grises eran muy brillantes. Las trenzas blancas formaban un columpio sobre su espalda. Vivía adorando las plantas de su jardín. Tempranito iba a saludarlas y en la noche las visitaba para desearles buenos sueños. Me consta

que, además de quitarles las hojas secas y felicitarlas por sus retoños, a veces les cantaba canciones que jamás repetía ni he vuelto a oír. Sospecho que Mamá Leonor las inventaba.

Una vez mi papá se enfermó. Para que mi mamá pudiera cuidarlo, mis abuelos se ofrecieron a hospedarme en su casa. Nunca había vivido lejos de mis padres, así que me asustó la idea de la mudanza aunque fuera por muy poco tiempo. Pero la noche en que mi mamá preparó la maleta me sentí tan importante como un marinero a punto de emprender una larga travesía.

Antes de cerrar mi equipaje, mi mamá me preguntó si no deseaba que me empacara alguno de mis cuentos, la matatena, el trompo o mis camioncitos. Le respondí que no. Los marineros no llevan juguetes a sus aventuras por alta mar.

La mañana siguiente, antes de partir, fui a despedirme de mi padre. Lo besé y le recomendé que tomara sus medicinas aunque supieran mal. Prometió se-

guir mi consejo y me anunció que el señor Pioquinto me llevaría a casa de mis abuelos.

El nombre de Pioquinto me resultaba tan chistoso que reí al oírlo. Papá me dijo que era incorrecto burlarse de una persona mayor, sobre todo tratándose de un amigo de mis abuelos. Seguí riendo incontenible y apenas tuve aliento para explicar el motivo de mi hilaridad:

—Cuando oigo el nombre de ese señor, recuerdo la forma en que nuestra vecina llama a sus pollitos para darles de comer: “Pío, pío, pío”.

Mi papá celebró mi ocurrencia, pero me hizo prometerle que iba a controlarme cuando llegara mi futuro acompañante.

El señor Pioquinto era de mediana estatura, huesudo, calvo y pálido. Llevaba sombrero hongo, lentes sobre la punta de la inmensa nariz y varios paliacates enredados al cuello. A todo eso agréguele un saco y unos pantalones demasiado cortos que dejaban ver sus calcetines siempre desiguales.

La emoción del viaje me apretaba el estómago. A las diez, cuando apareció el señor Pioquinto, lo tomé de la mano y lo arrastré a la calle, ansioso por comenzar mi aventura. Mi madre dijo:

—Saliste tan apresurado como tu abuelo.

El recuerdo de aquellas palabras me devuelve la frescura de una mañana de mi infancia, el color amarillo del tranvía, el tintineo de su campanita, la canción metálica de las ruedas sobre los rieles y la sombra de los fresnos donde empezaba a mecerse el invierno.



La casa y su jardín

En cuanto subimos al tranvía, el señor Pioquinto se durmió y fui yo quien tuvo que cuidarlo para que, vencido por el sueño, no se clavara de narices contra el asiento delantero. Mi responsabilidad no me impidió pegar la frente a la ventanilla y mirarlo todo como si jamás hubiera visto personas, calles, tiendas, coches.

 Mi asombro era natural: a mis cinco años y nueve meses, por primera vez viajaba sin mis padres más allá de mi colonia. Aquella experiencia me sirvió para entender que el mundo era mucho más grande de lo que había imaginado.

Al fin llegamos a San Jerónimo. Todos los huertos estaban salpicados de florecitas lilas y amarillas: “herencia del otoño”, según mi abuela. Los tejocotes y las nochebuenas me recordaron que estaba cerca la Navidad y sentí nostalgia por mis padres.

Mis abuelos me esperaban a las puertas de su casa. Corrí para arrojarme en sus brazos. Mamá Leonor me preguntó si tenía hambre. Papá Toño me besó y luego se dirigió a su amigo:

—¿Cómo se portó el niño, Pioquinto?

Apenas escuché el nombre me entró un nuevo ataque de risa y enseguida otro de hipo. Saltaba como si me hubiera tragado una rana y me dolía el estómago. El señor Pioquinto intentó librarme de la incomodidad:

—Traga mucho aire, tápate la nariz, cuenta hasta diez y suelta la respiración.

Obedecí sus recomendaciones. Inútil: seguía saltando. Mamá Leonor fue a la cocina y regresó con un vaso de agua muy azucarada:

—Si lo tomas al revés te calmarás.